

MARTINEZ ORTIZ, José

"Utiel, gentes, hechos y modos de vida"

Ayuntamiento de Utiel, 1983

LAS CAMPANAS DE LA TORRE

Hoy he hecho algo que probablemente no hiciera ya nunca, de no haber tenido que escribir este libro.

He subido a la torre, al campanario de mi pueblo.

Guiado por Antonio Ferrer Mascarell, «Toni el Sacristán» como la gente le llama, he ascendido los 150 escalones, que separan las campanas del suelo. Al arranque de la veleta hay 30 más en estrecho caracol.

Al principio, inseguro en el pisar por la oscuridad y de la mano de mi «cicerone», luego suelto y mas confiado, al final, satisfecho de verme allá arriba, en aquel pequeño cuadrado, limitado por bronces sonoros, ahora silenciosos, pero dispuestos a sonar, siempre mensajeros de alegrías y tristezas.

Vale la pena llegar hasta aquí donde la vista se ensancha y se complace al contemplar abajo el caserío. Lo veo como no es fácil hacerlo, por encima de los tejados que me ocultan la mayoría de las calles, por las que en este momento transitan las gentes de mi pueblo, cada una atareada en su propia actividad.

Colocándome en las cuatro direcciones que señalan los ventanales del campanario, puedo abarcar, además, el campo circundante y el más lejano hasta perderse en la raya del horizonte o ser detenido por la muralla azulada de la sierra.

Mirando al nordeste distingo fácilmente, porque domina sobre el resto, el bello Camino del Cementerio, orlado de cipreses de intenso verdor.

Por el ventanal inmediato, se divisa ahora, con brumosa panorámica, el agro utielano, en dirección a Requena, hasta el Barrio de los Tunos y San Juan.

Al sur, todo el conjunto, desde aquí de color rojizo, de Caudete de las Fuentes, que no se ve, si no es desde esta altura.

Hacia las aldeas se otean éstas y queda perfectamente perceptible la línea recta de la carretera de Los Corrales, que parece trazada teniendo como punto de mira una de las esquinas del campanario.

Pero no he subido aquí para ver pueblos y campiñas, bien sean llanos o montañas, lomas o majuelos. He venido para estar cerca de las campanas; para tocarlas y, a ser posible, escuchar su voz, pregonera del sentir íntimo y querencioso de mi pueblo.

Un sonar que todo hijo de Utiel ha oído una y mil veces, y que aún hoy, aunque se halle fuera de su pueblo, parece que le vibra el corazón, despertándole vivas emociones.

Dá gusto contemplar las campanas, cada una en su sitio; recordándose, su figura sobre el correspondiente ventanal de la torre.

La más grande de las de ahora es la llamada «Santo Cristo», que pesa 1.200 kgs., recayente sobre la parte del sur, hacia el río y la carretera de Madrid. Síguele «Francisco Gálvez», la del oeste. A continuación, la que se nombra «María Remedios» y, finalmente, «María Asunción», señalando la sierra. El «zumbanillo», anónimo, está en el interior, bajo la bóveda del campanario; es la más pequeña y sólo pesa 200 kgs.

Recuerdo el voltear de las campanas en el Utiel de ayer, —hoy se accionan eléctricamente— con la valentía de aquellos campaneros, cuyos nombres me gustaría saber, que, colocados a uno y otro lado de cada una de ellas, les hacían sonar con toda la fuerza de los grandes badajos retumbantes en aquel pequeño recinto del campanario. Me comenta Antonio el haber visto salir el cuerpo de uno fuera de la torre al cogerse de la cuerda sujeta a la cabeza de la campana en su volteo, en lo que para mí es aún hoy, considerado a la distancia del tiempo, un alarde de destreza con notorio peligro.

Las campanas tocaban todas ellas, al unísono en determinadas fiestas que en tiempos pasados eran las de San Antón, 17 de enero; la de San Blas, el 3 de febrero; en el Patrocinio de San José, el tercer domingo de Pascua; la fiesta de San Miguel, del 8 de mayo; la de San Isidro, el 15 del mismo mes; la de San Juan; la de Nuestra Señora de la Asunción, el 15 de agosto, titular de la Parroquia; en el día 6 de septiembre, al recibimiento de la Virgen del Remedio y a la

entrada de la imagen en el templo, y en el 8 de septiembre, en su litúrgica festividad. A éstas, conservadas tradicionalmente, se han unido otras, como la de la fiesta de Santa Rita, San Cristóbal, San Antonio de Padua, El Beato Gálvez, etc.

Las campanas actuales fabricadas en Silla, son relativamente recientes. Antes hubo otras cuyos nombres eran: María, la vieja; Angelita; Remedios, la nueva, y Manolo, o Manuel, el campanón.

Los toques que antiguamente se hacían, (aparte de los tres inmediatos a la misa y que mucho antes, en la ordinaria era solo uno, con anticipación de un cuarto de hora) eran los siguientes:

El del «Angelus» o de oración, que se hacía al amanecer o al abrir la iglesia, al mediodía y al atardecer.

El de repicar, de origen muy antiguo y eclesial, que en invierno se hacía por la mañana a las 9 y por la tarde a las 2, y en el verano una hora después que en el invierno.

También existía el toque de «alzar a Dios», cuando se celebraba la misa parroquial o mayor y en el momento de la consagración.

La vida del pueblo se regía entonces en alguno de sus aspectos por el toque de las campanas, siempre guía en la actividad general. Así, era frecuente oír a las mujeres al escuchar las del «Angelus», de las 12, decir: «Voy a echar la patata», indicando así lo concerniente al condimento del cocido, que constituía la comida del mediodía. El repique de las 2 de la tarde, hacía salir de su casa a los niños camino del colegio y el toque de oración o de almas de la noche, en invierno, era la señal para retirarse la gente a su casa. Este mismo toque, obligaba, en Carnaval, a las máscaras a quitarse la careta.

De lo que las campanas pueden suponer a los hijos de mi tierra copio aquí los versos de una mujer utielana, sin formación literaria residente en Barcelona, compuestos pensando en su amado Utiel. Exceptuando los finales dicen así:

«Las campanas de la Torre — de mi pueblo castellano, —
dejan escuchar sus voces, — por la mañana temprano.

Tañen, vuelan y repican, — se oyen por todos lugares, —
las campanas que no envidian — a las grandes Catedrales.

No hace mucho, caminando — me alejé del vecindario, — y lejos quedé mirando — la Torre y su campanario.

Allí me quedé parada, — observando su volteo, — de cuantas cosas me hablaban — las campanas de mi Pueblo.

Me hablaron de su vejez, — de los años que repican, — yo recordé mi niñez, — bronce y alma que suspiran.

Me contaron de sus fiestas, — de bodas, y procesiones, — me hablaron también siniestras, — de amarguras y dolores.

Más en aquellos momentos — las campanas de la torre, — no estaban para lamentos, — eran alegres sus voces.

Anunciaban, repetían, — dejando en el aire impreso, — de alguien que en la lejanía, — traía en hombros el pueblo...».

¡Campanas de Utiel. Torre maciza, altiva y cuadrangular, testimonio del arte renacentista. Pétreo vigilante; heraldo y mudo testigo de aconteceres! ¡Quién pudiera construirse en tus muros su morada para así desde la altura tener siempre presente y tenderle a cada momento un abrazo infinito a su pueblo!

La silueta del campanario, evocadora y sugestiva es y será siempre un punto de referencia, material y anímico. Un elemento señero en el paisaje, cuya simple visión es ya adentrarse con gozo en lo utielano.